

EN HONOR DE LOS MUERTOS

POR

JOAQUIN D. CASASUS,

DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA,

PRESIDENTE

DEL LICHO ALTAMIRANO

Y

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

SEGUNDA PARTE.



MÉXICO

IMPRENTA I. ESCALANTE, S. A.

1.ª calle de 57, núm. 8.

1913



TIRADA DE ESTA EDICIÓN:

100 ejemplares, numerados, en Papel del Japón.

200 " " en Papel de Hilo.

Ejemplar Número 7.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

LICENCIADO DON FÉLIX ROMERO,

EN LA VEHLADA QUE EN SU HONOR

CELEBRÓ LA

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA

Y ESTADÍSTICA,

EL DÍA 3 DE OCTUBRE DE 1912.



GRA natural que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística honrara en una sesión solemne la memoria del hombre eminente que durante casi un cuarto de siglo se consagró con todo empeño a regir sus destinos, a presidir sus deliberaciones, a asegurar su progreso y a lograr su prosperidad, y que con tal objeto identificara su vida con la suya, cual hijo amantísimo que en el seno de la familia y en la augusta y serena tranquilidad del hogar, renunció a los encantos y goces de la vida y por ende sacrificó su juventud por servir de báculo y de apoyo a la matrona que, aunque enferma y débil, es el centro a cuyo alrededor se agrupa la familia y el ara que simboliza la unión de la familia en el hogar.

El prócer ilustre cuyo nombre enaltecemos hoy, fué, en efecto, el experto piloto a quien se debe que, salvando escollos y sorteando dificultades, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística haya podido, con gran satisfacción para nuestro orgullo nacional, seguir viviendo una vida activa y fecunda y llamando la atención de propios y extraños entre todas las sociedades científicas del mundo.

Todos sabemos con cuán noble desinterés, con qué incansable paciencia, con cuánta inagotable constancia y con qué suma habilidad, tras de obtener con el consentimiento de todos, año tras año, la renovación de la grande e ilimitada confianza que siempre se tuvo en él, pudo encausar de un modo fructífero la útil labor de este centro científico, quizá el más importante de nuestro país.

No hay un progreso suyo al cual no esté vinculado su nombre; no hay una sola obra llevada a cabo en donde no se encuentre la huella de su mano; no hay un triunfo, conquistado por ella, en el cual no se reconozca su impulso, en el cual no hubiera tomado participación y en el cual no hallamos muestras de su actividad siempre despierta, de su voluntad siempre enérgica, de su dedicación siempre asidua y de su inteligencia siempre preparada para dar sólido cimiento a todo lo

que contribuía a su más grande prestigio, a su mejor lustre y a su mayor renombre.

¿Qué homenaje más justo, qué recompensa más merecida pudiera rendirle la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística que congregarse hoy para pagarle tamaña deuda de gratitud?

Ovidio, el poeta latino, la víctima de las mayores y más profundas ingratitudes humanas, lleno de un inmenso desconsuelo para todas las cosas de la vida, y tal vez con una amarga ironía, pudo decir: «Famaque post cineres maior venit,» como si la muerte tan solo viniera a ser causa del acrecentamiento de la fama que tienen derecho a alcanzar los hombres que logran por sus virtudes cívicas, por su labor provechosa, por sus proezas grandes y por sus merecimientos justos, vivir en la memoria de los pósteros con vida perdurable después de la muerte.

La existencia del señor Romero conforta nuestros espíritus y confirma la fe que tenemos en la justicia de este mundo; porque es de aquellos hombres cuyo prestigio no nació al contacto del beso helado de la muerte, pues supo la gloria recompensarle todos sus esfuerzos mientras alentaba entre nosotros y mientras compartió nuestras faenas y dirigió nuestros trabajos, dejando sobre su frente de pensador aquel su beso fecundo que acaricia como un ala y esplende como una aureola

y que es el premio a que tienen derecho los que saben levantar su nombre con la incansable labor de su vida.

La necesidad que tienen los hombres en los países nuevos de prestarse a todo género de tareas y de desenvolver sus distintas aptitudes para llenar funciones de diversa índole, hizo que el señor Romero, lo mismo ocupara la cátedra que la tribuna, y tomara parte por igual en el periodismo que en la política, en la magistratura que en las asambleas populares, y que en ellos fuera a la par un escritor galano que un orador fecundo y un soldado de combate en los parlamentos, que un predicador erudito en las academias y que ora se encargase de administrar la justicia en los tribunales, ora de preparar las leyes en los gobiernos, sin desdeñar por eso de pulsar la lira y de prorrumpir en inspirados cantos, ni dejar de consagrarse a trabajos serios y pacientes, de esos que requieren el estudio prolongado, la lectura copiosa, la erudición abundante y el saber profundo.

Don Félix Romero fué por eso, a la vez, un docto maestro, un político hábil, un periodista activo, un poeta tierno, un sabio modesto, un legislador juicioso y un magistrado honrado.

La juventud, que es la maga encantadora que riega de flores el camino de la vida y que puebla, como de abejas un colmenar, de ilusiones el alma

y que hace nacer cual polluelos bulliciosos las esperanzas en el corazón, casi siempre cuando pone el amor en el pecho de los hombres, sabe también poner la lira en sus manos y por eso el señor Romero fué poeta en su juventud.

No son, sin embargo, sus versos los que lo hicieron célebre y le dieron renombre; tal vez no le conquistaron ni figurar siquiera en las antologías de nuestros poetas; pero los rumores dulces de sus canciones de amor, viven todavía con eco blando en nuestros oídos y pueden con delectación ser repetidos por todos los labios y conservados en todas las memorias, porque son por todo extremo fáciles, porque muchos de ellos son muy inspirados y porque todos tienen la dulce miel de los mejores años de su juventud.

El periodismo, empero, se ganó sus preferencias; y como siempre militó en las filas del Partido Liberal cual entusiasta propagandista y cual apóstol lleno de fe, supo ser un polemista batallador e incansable, que lo mismo defendió los nobles ideales de la República en las luchas intestinas, que las instituciones democráticas en el combate de los partidos y que la independencia nacional en las guerras extranjeras.

Halló siempre en su carácter firme, en su voluntad enérgica, en su constancia inquebrantable, en la ductilidad de su inteligencia, en la riqueza

de su fantasía, en el vigor de sus convicciones, en la rectitud de sus miras, en sus impulsos generosos y en su espíritu de luchador, todo cuanto ha menester el periodista en nuestros días para llenar a maravilla la misión augusta que le toca cumplir en esa hoja ligera de lectura fácil, de predicación constante y de enseñanza provechosa, que vuela con todas las alas, que vibra con todas las pasiones, que se agita con todos los anhelos y que se reproduce en todos los instantes para esparcir todos los principios, para difundir todos los credos, para ennoblecer todas las causas, para sembrar todas las simientes, para defender todas las libertades, para destruir todos los errores y para levantar y popularizar todos los ideales.

En las contiendas políticas de su Estado natal, durante la época de la invasión americana, en las luchas contra la administración de Santa Anna, en los tiempos gloriosos de la Reforma, en las guerras sangrientas de la Intervención y del Imperio y en los momentos de la restauración de la República, el periodista sostuvo con su pluma el programa del Partido Liberal avanzado, radical y jacobino, y al comulgar con sus máximas y al propugnar sus doctrinas, supo ser siempre un patriota esforzado, un liberal sin tacha y un soldado de vanguardia en los instantes críticos y en los puestos de peligro.

Las luchas políticas hicieron del señor Romero uno de nuestros constituyentes de 1857, porque adiestrado en las polémicas periodísticas de la capital de la República, y caldeado su carácter al contacto de los grandes próceres del Partido Liberal, y nutrido con sus teorías y estimulado con su ejemplo, se fué a Oaxaca con el benemérito Juárez y presentó al pueblo su candidatura para el Congreso Constituyente.

Su participación en aquella asamblea forma, sin alguna duda, una de las páginas de su vida quizá la más gloriosa y la más digna de recordación, por parte de los contemporáneos y de sus pósteros, de sus enemigos y de sus admiradores.

Es profundamente consolador, en países como el nuestro, ver con cuán religioso respeto, con cuánta inmensa gratitud y con qué justo entusiasmo, comienza nuestra generación a traer a la memoria los nombres de los que en medio de los azares de nuestras guerras civiles y de las conmociones de nuestra política interior y de las traiciones y de las asechanzas de los que habían sido jefes esforzados de nuestros ejércitos y mandatarios de nuestro pueblo, nos dieron la Carta Magna, resumen de las más hermosas promesas, compendio de los principios más avanzados y decálogo de los derechos que garantizan las futuras libertades a que aspiran los pueblos que se empeñan en orga-

nizar gobiernos que puedan llegar a ser capaces de asegurar el imperio de las instituciones democráticas.

Los que con su vida compran la independencia de un pueblo, los que con su sangre aseguran sus libertades, los que con su esfuerzo llegan a ser creadores de sus instituciones, y los que aman con gloriosa levadura su porvenir y su historia, deben ser para nosotros objeto de veneración y culto; porque aun cuando al obrar así, ora cumplan fatales destinos, ora acaten exigencias imperiosas del momento histórico en que viven, ora sean héroes de un deber no siempre bien interpretado, ora obedezcan a mandatos forzosos del pueblo, que sobre sus hombros los levanta a las alturas del renombre y de la gloria, no por eso dejan de ser dignos de pública estimación, no por eso dejan de ser acreedores al reconocimiento de las naciones. El deber cumplido en bien de la Patria, es la única sólida base de la grandeza de los hombres.

No de otra suerte supo la Grecia premiar a aquellos sus héroes legendarios de los Termópilas, que encontraron la muerte en defensa de su independencia, cuando tuvo lugar la invasión de los Persas.

Ellos murieron a causa de una ineludible necesidad, fueron víctimas de un deber altamente

comprendido y con incomparable fidelidad cumplido, tal vez pensaron aun en la inutilidad del sacrificio que hacían, irreparable como el honor limpio y fatal como el destino ciego; pero precisamente aquel pueblo que levantó sobre altísimo pedestal la urna de bronce de su historia para que fuera admirada por todas las edades, quiso de preferencia honrar a aquellos mártires, vivo y palpante ejemplo del deber, por haber sabido morir por él.

Cuando la Asamblea Anfictiónica acordó celebrar aquel memorable hecho de armas, después de mandar poner inscripciones para todos los que habían tomado parte en él y de ordenar se levantara un monumento con un león de mármol en honor de Leónidas, adornado con una inscripción, obra del gran poeta Simónides, pensó que debía colocarse otra exclusivamente en recuerdo de los espartanos y entonces mandó escribir estas sencillas y conmovedoras palabras, que fueron el mejor elogio: «EXTRANJERO, DECID A LOS LA-CEDEMONIOS QUE AQUÍ YACEMOS POR HABER OBEDECIDO SUS ÓRDENES.»

Los constituyentes de 1857, ilusos como lo fueron todos los políticos jacobinos, saturados de ideal como lo son siempre los redentores de los pueblos, ansiando por libertades utópicas de realización imposible como lo han hecho siempre los mártires de la democracia, tuvieron la fortuna,

obra quizá de un deliberado propósito, de dar al Partido Liberal, que era entonces el más fiel representante de la patria mexicana, más que una constitución un lábaro, más que una carta política una bandera, más que una ley un programa: lábaro, bandera y programa, que a través de la Intervención y del Imperio y en medio de todas nuestras vicisitudes, ha sido un ancla de salvación y habrá de ser el alma de nuestro pueblo y el elemento más poderoso de cohesión para la supervivencia de nuestra nacionalidad, que está llamada a ser el baluarte inmovible de la independencia de nuestra raza.

El señor Romero, cuando apenas había traspasado los umbrales de la adolescencia, formó parte de aquella Asamblea y su labor en ella no quedó como la de muchos, ignorada; no fué como la de otros, escasa de merecimiento; no reveló como la de un gran número, poca fe en los principios liberales; porque agrupado entre los que después habrían de ser los paladines de la Reforma, su palabra apasionada y juvenil vibró siempre en la tribuna, ya defendiendo la libertad de imprenta, ya sosteniendo la conveniencia de la desamortización de los bienes eclesiásticos, ya dando su voto en favor de la libertad de cultos, base y cimiento de la libertad de pensar y de todas las demás libertades políticas de toda democracia.

— Cuando en el recogimiento del hogar y en las horas íntimas que consagramos a la familia, hablamos en silencio de nuestros héroes y enseñamos a nuestros hijos a celebrar sus hazañas, no solo no debemos olvidar a los que ofrecieron con su esfuerzo crear las instituciones que nos rigen, sino que al acercarnos reverentes al ara de nuestros dioses penates, estamos obligados a evitar que se retire de sus hombros el manto de gloria que los envuelve y bajo el cual han entrado en los anales de nuestra historia.

Al guarecernos bajo el follaje del árbol que nos da sombra y nos presta abrigo, antes que echarlo abajo con hacha destructora cuando nos apartamos de su tronco, debemos pensar siempre, llenos de gratitud, no sólo en la sombra de que pudimos disfrutar, sino en la mano providente y generosa que supo depositar en la tierra la semilla fecunda de donde hubiera de nacer.

Pero ninguna labor del señor Romero nos da una idea más completa de su personalidad como hombre público, que la que supo llevar a cabo por larguísimo número de años, como Magistrado en el más alto de nuestros Tribunales: en la Suprema Corte de Justicia de la Nación, la cual presidió innumerables veces, dándole el prestigio de su experiencia y el lustre de su saber.

En los países agitados, como el nuestro, por

frecuentes convulsiones políticas, pasan siempre inadvertidos los trabajos de dos obreros modestísimos, pero que son las dos poderosas columnas sobre las cuales descansan el porvenir y el bienestar de nuestra sociedad: el maestro de escuela y el magistrado.

El maestro de escuela, encargado de inculcar-nos las enseñanzas necesarias para hacernos aptos en la lucha por la existencia, tiene por misión el preparar el alma nacional, la que habrá de hacernos vivir con vida propia en la historia de la raza y la cual sólo puede formarse y hacerse digna de nuestros destinos cuando hayamos quedado nutridos con las aspiraciones las más nobles, con las ambiciones las más legítimas, con los ideales los más altos, aspiraciones, ambiciones e ideales que han de tener la patria por mira, su libertad e independencia por objeto y su grandeza por remate.

Y el magistrado que en la incruenta lucha de los intereses y en el choque de las pasiones y en el amago contra nuestras libertades y en la conculcación de nuestros derechos sabe hacer que nuestras propiedades se respeten, que nuestras vidas queden incólumes, que nuestros hogares no sean violados, que nuestras libertades no sean menoscabadas y que nuestra existencia sea debidamente dignificada, es el firme sostén de la vida

social, de la vida civil y de la vida política de todos los pueblos.

El señor Romero supo realizar el tipo acabado de los árbitros dispensadores de la Justicia. Sus conocimientos jurídicos, su larguísima práctica profesional, su elevado criterio, la rectitud de su juicio, la honradez de sus propósitos y la equidad de sus decisiones lo hicieron no apartarse de la verdadera línea de conducta que traza la norma para administrar justicia: dar a cada uno lo que es suyo.

Cuenta Plutarco, hablando de la imparcialidad que fué siempre la base de las decisiones de Aristides, que cuando fué Arconte, en Atenas, habiéndole pedido el poeta Simónides, de Seos, que cometiera una injusticia en su favor, hubo de responderle: «No seríais tan buen poeta como lo soís, si faltarais a las reglas de la poesía; y yo no podría ser un buen magistrado si acordase alguna gracia contraria a la ley.»

Tal anécdota bien podría aplicarse al señor Romero al celebrar su rectitud, en él proverbial; porque en su vida de magistrado supo ser justo y porque jamás se apartó de las leyes que estaba obligado a aplicar, ni de los dictados de su conciencia que estaba en la necesidad de seguir.

Señores: La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística ha experimentado una pérdida casi

irreparable con la muerte del señor Romero; y si por un natural egoísmo tenemos el deber de deplorarla, como un acto de justicia debemos también congratularnos, de que la vida larga que pudo alcanzar le hubiera permitido hacer su vida más útil en provecho de ella y hacer también, para ella, su muerte mucho más sentida.

El señor Romero alcanzó, en efecto, una vida prolongada y por eso nos fué dado ver, que durante casi cinco lustros, consagrara a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, todas sus energías y todas sus aptitudes; pero debemos decir en honor suyo, que su vida no fué tan larga por los años que vivió, sino por la útil labor que durante ella supo llevar a cabo. En nuestros anales, el señor Romero vivirá siempre y ya que no podremos anualmente renovar nuestros votos para que continúe presidiendo nuestras deliberaciones, si habremos de saber renovar el testimonio de nuestro cariño, de nuestra gratitud y de nuestra admiración.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

LICENCIADO DON JUSTO SIERRA,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA,

CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ESPAÑOLA,

EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 1912,

EN EL ANFITRATRO

DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA.